

V I

NUESTRA FURTIVA APROXIMACION A LA GUERRA

"La ruptura de relaciones diplomáticas es una medida tan seria que generalmente acaba por motivar la guerra", dice el Profesor Lawrence. ("Principios de Legislación Internacional", página 301.) Y a pesar de esto en el discurso que pronunció en el Congreso anunciando la ruptura de relaciones con Alemania (febrero 3 de 1917), el Presidente Wilson ofrecía las más sólidas garantías de propósitos directamente pacíficos:-

"No es nuestro deseo comprometernos en conflicto alguno hostil con el Gobierno del Imperio Alemán. Somo amigos sinceros del pueblo alemán, y deseamos formalmente estar en paz con el gobierno de este pueblo".

En el tiempo que siguió a la semana entrante no se registro cambio alguno en la situación internacional. El gobierno alemán entonces hizo un esfuerzo, mediante las leyes de Suiza, y apelando a legación de este país en Washington, para reasumir las relaciones pacíficas, siendo el siguiente texto la copia del memorandum dirigido al gobierno Americano:-

Se ha pedido al gobierno suizo por parte del gobierno alemán, hacer notar que este último se encuentra actualmente, como antes de ahora, dispuesto a entrar en negociaciones de una manera oficial o extraoficial con el gobierno de los Estados Unidos, siempre y a condición de que el bloqueo comercial contra Inglaterra no sea interrumpido por esta causa.

Esta oferta fué repelida por el Presidente Wilson, cuya contestación contenía las palabras siguientes:-

El gobierno de los Estados Unidos de buena gana discutiría con el gobierno alemán cualquier asunto que propusiera éste para deliberación siempre que se relacionara con la derogación de la proclama de 31 de enero (en que anunciaba la guerra submarina sin limitaciones) . . . pero . . . no está de acuerdo en que pudiera sostener deliberaciones de alguna clase con el gobierno alemán tocante a la marcha que siguen los submarinos en su acción contra los neutrales, procedimientos que actualmente está siguiendo, a menos y hasta que el gobierno alemán reitere las seguridades que ha dado el 4 de mayo, y se conduzca de acuerdo con éstas.

Nada podía ser más claro. Alemania estaba determinada a hacer frente al bloqueo comercial de Inglaterra por parte de Alemania con un bloqueo comercial de Alemania por parte de Inglaterra, mientras que Wilson insistía en que se levantara el bloqueo alemán, después de haber renunciado a seguir insistiendo en que el bloqueo inglés tuviera término para los Alemanes.

Turner.

Hasta esta fecha, cualquiera idea de que el Presidente todavía no preveía la guerra debe concederle algún crédito de mantener una esperanza muy avanzada de que Alemania consentiría en abandonar sus bloqueos de una manera permanente, a pesar de la negación categórica por parte de Inglaterra para abandonar los su yos, que en su principio Wilson había denigrado por los mismos motivos y con una entereza casi semejante. Después de ésto no quedaba ni la más ligera sombra para un pretexto de alimentar tal esperanza. No obstante, mientras se fué aproximando con una certeza mortal hacia la acción bélica, el Presidente conti nuaba asegurando a la nación que él encaminaba sus pasos por el sendero de la paz.

Su medida beligerante más inmediata se dió a conocer al pedir al Congreso que le invistiera de facultades extraordinarias. Esto a pesar de su promesa categóricamente expresada el 3 de febrero, que no se daría otro paso alguno hasta que Alemania nulificara "sus decretos ocultos". En el discurso de 26 de febrero, ciertamente, el Presidente admitía que "los actos subrepticios que me he aventurado a esperar que los comandantes evitarían emprender en efecto no han ocurrido". La naturaleza hostil de la petición de facultades extraordinarias queda disimulada por otra elocuente declaración de propósitos pacifistas como sigue:-

Quizá no hay otro remedio sino acudir a la neutralidad armada, que veremos la manera de mantener, y para la que hay trámites precedentes en abundancia en los Estados Unidos. Se puede esperar de una manera obstinada que no será necesario poner

en acción fuerzas armadas en parte alguna. El pueblo Americano no lo desea, y nuestro deseo no es diferente del de nuestro pueblo Soy amigo de la paz, y trataré de mantenerla en América mientras me sea posible. No propongo ni espero compromisos de guerra, ni de medidas algunas que ^a ella conduzcan Yo creo que el pueblo me tendrá confianza para que obre ^{con} yo todo cuidado, con toda prudencia, y con el más sincero espíritu de amistad y buena fé, las mismas cualidades que este pueblo ha demostrado a través de todos estos meses dificultosos.

Pero si el Presidente no estaba a la expectativa de la guerra que estallaría cuando una de sus tripulaciones a bordo de buques transportes de material de guerra, al avistar un submarino, hiciera fuego sobre él, ¿qué se figuraba él que habría de ser el resultado?

Si la lucha hubiera empezado de esta manera, por supuesto, se habría alegado que el conflicto había sido iniciado por parte de Alemania en un acto de agresión. Aun cuando ésto hubiera sido cierto, no habría de ser modificado el hecho de que no se presentaba una camino para la guerra, más seguro que el que se tenía en perspectiva.

Lo que no habría de resultar cierto; porque los planes del Presidente no eran legales para la defensa desde ningún punto de vista que se los considerase. No solamente eran sus propósitos dotar de armamento buques particulares de popa a proa, sino que también tenía otros planes de una naturaleza tan agresiva que in-

in-
tentó, flagrantemente, tenerlos ocultos de la vista del Congreso. El plan indicado para el empleo de los caza-submarinos, había sido confiado al comité de Relaciones Exteriores dependiente del Senado, de una manera exclusiva, y cuando el Senador Stone lo reveló, se levantó una protesta ruidosa contra él de parte de los empleados de la Administración. También se llegó que el Presidente intentara dotar armamento algunos buques. El Presidente Wilson no podía menos de haber sabido que lo que él trataba de hacer no era sino emprender técnicamente una guerra contra Alemania; no podía menos de saber que por el solo hecho de mandar hacerse a la mar buques armados, bajo las condiciones reinantes, realizaba un ataque violento sobre una potencia legalmente amiga, cosa que hacía de una manera tan patente a los ojos de todos, como si hubiera enviado una flota de buques de guerra con el fin de bombardear las costas del Imperio Alemán.

En todo el discurso que pronunció el Presidente el 26 de febrero resonaron las variantes que hizo acerca de la idea de los derechos Americanos. Pero, bajo las circunstancias que prevalecían a influjo de él, América no poseería derechos cual ningunos, no importa la importancia y el monto de sus diferencias con el Kaiser, y quedaría también América relegada a una órbita de errores y sospechosa conducta hasta que se expidiera una formal y oficial declaración de guerra.

Los dos vocablos neutralidad armada, en su íntimo significado eran altamente propensos a extraviar. Porque no existen precedentes, "abundantes" ni de ninguna otra forma, para que se estableciera una "neutralidad armada" como era la que se proponía, en la historia de los Estados Unidos ni en la historia de ninguno de los otros países del globo. Una neutralidad armada es una alianza de potencias que se agrupan para poner en práctica y defensa sus derechos neutrales en alta mar. En toda la historia no se han registrado sino dos casos de este género, el de 1780 y el de 1800. En ambos se puso de manifiesto el esfuerzo de las naciones por poner a raya la ilegitimidad y desorden de los ingleses. Los dos casos de alianza resultaron un fracaso, los dos fueron disueltos y sus partes componentes fueron arrastradas a la guerra propiamente. Durante los esfuerzos delirantes que se hicieron en favor del plausible precedente de los planes presidenciales, se evocaba la acción ejecutada por América en 1798 para hacer comparaciones, y se le daba el mote de "neutralidad armada". El decreto del Congreso de 1798 era dirigido contra Francia, que se hallaba dedicada a la obra de capturar embarcaciones neutrales ocupadas en el tráfico marítimo inglés; ese decreto confería facultades al Presidente para que tomara medidas hostiles en defensa de las embarcaciones de América. Este acto era lo que interpretaban como una guerra, nuestro Procurador General y nuestro tribunales, y no la llamada neutralidad, "armada o desarmada". El Presidente llevó a efecto las facultades a él conferidas, y se cumplió la guerra en los mares durante un espacio de tiempo considerable. Ningun

Ningu-
no de estos casos marca un precedente sobre el cual habría de obrar el Ejecutivo con la mira de mantener la paz.

Al continuar formulando sus protestas de una intención pacifista, El Presidente denunció a los Senadores que denegaron su aprobación para el Proyecto de Ley sobre Buques Armados, no sobre la base de que ellos habían hecho más difícil la guerra, sino sobre la base de que habían hecho más difícil la obra de seguir manteniendo la paz! En su discurso inaugural de 5 de marzo, aseguraba él a la nación: "Permanecemos firmes y constantes a los principios de la neutralidad armada." Y a renglón seguido procedía él a dar el más inmediato paso erizado de hostilidades, la dotación de armamento para los buques.

El primero de los buques armados que lanzó el Presidente a la zona invadida por los submarinos, fué el "Saint Louis", que pertenecía a la "American Line" y subsidiario de la Compañía Marítima Mercantil Internacional, cuya mayoría de acciones comanditarias se hallaban en Inglaterra, y cuyo jefe financiero en los Estados Unidos era John Pierpont Morgan, agente financiero del gobierno Británico. Los encantadores procedimientos de nuestra "neutralidad" armada fueron descriptos vivamente por el Senador LaFollete en una carta que exhibía los motivos de su oposición a la vigencia de la Ley de Buques Armados:-

El señor P. A. S. Franklin, cuyas visitas a la Secretaria de Marina hechas con el objeto de asegurar ametralladoras para

sus buques, cuyas entrevistas y proceder han sido interpretados como si él fuera el frente y el director general de la marina mercante americana, es el infatigable administrador de la propiedad combinada de Inglaterra, Bélgica y Estados Unidos. Cuando uno de los buques de la "American Line" armados con material de los Estados Unidos, se hace a la mar, las órdenes para romper el fuego serán expedidas por el comandante del buque de Mr. Franklin y no por almirante alguno o granadero de los Estados Unidos. Los propietarios ingleses dictan sus órdenes a este Franklin. Los propietarios ingléses las reciben del Almirante británico. De aquí se sigue que nosotros, que pretendemos asumir la actitud de un país neutral, estamos colocando la maquinaria de guerra, americana y los marinos americanos bajo las órdenes del Almirantazgo inglés.

Por el 2 de abril, empero, las cosas había adelantado tan lejos que el Presidente Wilson personalmente se hallaba listo para admitir lo peor de lo que se hubiera expresado, o pudiera expresarse, tocante a sus planes para "salvar a la nación de una guerra". En aquella fecha decía él:-

Neutralidad armada, por ahora parece impracticable . . . porque . . . es imposible defender nuestros barcos contra sus ataques (de los submarinos) pues el código marítimo internacional nos dá a entender que los buques mercantes deberían defenderse por sí mismos . . . A la neutralidad armada . . . es materialmente cierto que nos arrastrará a la guerra.

Que es precisamente de lo que él había acusado a los "doce testarudos" de haber dicho.

¿Qué era lo que había hecho al Presidente abrir los ojos a la luz de la evidencia? ¿Había acontecido alguna cosa que ponía a prueba la fuerza positiva de la "neutralidad armada"? Ni uno solo de sus buques armados había hecho, hasta ese momento, frente a ningún submarino!

La enormidad de los hechos puede únicamente medirse al traer a nuestra memoria que se hallaba próximo el periodo de clausura del 64o. Congreso. La Ley sobre Buques Armados llegó a las Cámaras, baja y alta, sesenta y ocho y cincuenta horas, respectivamente, antes de la clausura. Entretanto, los directores de la Administración habían pospuesto muchos decretos de consideración, entre ellos los importantes decretos que trataban de las apropiaciones en el presupuesto nacional. ¿Qué deducción ha de inferirse de esto sino es que existía un propósito estudiado de limitar los debates y precipitar la aprobación de la Ley de referencia juntamente con otras leyes de urgencia, en momento de la clausura, para dejar salir al Congreso de sus sesiones y dejar solo al Presidente el dominio perfecto de la situación, confiando el país en sus intentos de paz, mientras que por otro lado se hallaba investido con las facultades de promover la guerra? ¿Qué otra conclusión es posible inferir excepto que los términos "neutralidad armada", fueron escogidos únicamente porque sonaban al oído como sinónimos de paz y por el momento servían para tender un manto que escondía un propósito beligerante?

La caída y exención de la Ley sobre Buques Armados impidió que el plan se desarrollara en el sentido para que había sido destinada. El Presidente comenzó a enviar los buques armados a alta mar sin la debida autorización. Obligado a convocar una sesión extraordinaria, al principio fijó la fecha para que tuviera lugar ésta el 16 de abril, para cuando se esperaba que ya el primer tiro habría de ser disparado en "defensa" de algún buque "mercante Americano" atacado por un submarino, y que daría margen para una posible información rendida ante el Congreso en orden a que nos encontráramos en guerra con Alemania por virtud de una agresión iniciada por su parte.

La orden que se había dado a nuestras tripulaciones era disparar a la vista de los submarinos. Pero, ya sea por intención o por mero accidente, los submarinos alemanes se mantenían fuera del alcance de nuestra vista. La dotación de armamentos para nuestros buques sirvió, para este propósito, no obstante; puesto que ofrecía la oportunidad para que el choque se hiciera probable. Desde el tiempo en que la guerra se hubo asegurado, ser partidarios de la paz era ser partidarios del enemigo; ser partidario de la guerra era ser partidario de la patria; estar al lado del Presidente era estar en favor de la guerra.

La prensa dió la última mano al asunto- la prensa, las sociedades patrióticas de reciente formación, de número inmenso, los consejos de defensa nacional, súbitamente nacidos a la vida

también con el mismo fin de la defensa; el Departamento de Justicia, repentinamente dejando sentir su omnipresencia. Es cierto, en efecto, que los "directores" del pueblo resultaron ser partidarios de la guerra. El público se hallaba algo confundido, espantado, desorganizado; el clamor que retumbó acalló todo otro sonido que no fuera presagio de la guerra inmediata hasta que, seguidamente, osó el Presidente convocar al Congreso para una fecha más cercana; osó hacer la confesión de su "neutralidad armada" "impracticable"; osó reconocer la naturaleza fraudulenta de todas sus pacíficas expresiones a partir del 3 de febrero en adelante, "remontándose a la memoria de su 'casus belli', a la proclama alemana de 31 de enero, fecha en que esta nación dió a conocer su campaña submarina sin limitaciones."

V I I

LA ELECCION DE 1916.

"Cuando he comprometido mi palabra como hombre, hago lo posible por cumplirla, y no sé que exista otra línea de conducta que ha de seguir toda nación. La nación más distinguida del mundo es aquella nación que puede y quiere mantener sus promesas para su cumplimiento, aun cuando sea en su propio daño".- Woodrow Wilson, en su alocución de Filadelfia, el 4 de julio de 1914.

Los políticos ingleses convienen en aceptar la conclusión de que la responsabilidad de la participación de América en la guerra es directamente de Woodrow Wilson, y aún que el Presidente proyectó la guerra largo tiempo antes de que ésta fuera posible. Presento a continuación tres citas de los principales miembros del Gobierno de la Gran Bretaña, intercaladas en algunos discursos pronunciados ante el Parlamento británico el 18 de abril de 1917, con motivo de haber aclamado la participación de América en la guerra:-

"Un Presidente dos veces electo, quien representa . . . 100,000,000 de la gente de una nación que es la que más ama la paz y menos agresiva es, de todas las naciones del globo, ha hecho llamamiento a su pueblo para que empuñe las armas, al toque de las trompas marciales." Earl Curzon.

"¿Qué es, pues, lo que ha capacitado al Presidente, después de esperar con la paciencia que describe Pitt como la primera de las virtudes en la carrera del estadista, para impulsar una nación bien unida a los azares y horror de la más grande guerra que registra la historia?"- Mr. Asquith.

"Las dificultades a que ha hecho frente el Presidente Wilson en los dos años y medio que acaban de transcurrir han sido suficientemente apreciadas por nuestro país. Tuvo que mantener unida toda la nación y traerla unida para la acción bélica. Tuvo que convencer a un pueblo que siente un odio profundo y bien arraigado por los lances de la guerra. Traer los Estados Unidos a la guerra fué hacer que su pueblo se moviera contra la corriente de los más hondos y sólidos instintos del alma de una raza." John Dillon.

El discurso del Honorable John Dillon es una indicación comedida de que el Presidente engañó conscientemente al pueblo Americano durante dos años y medio, con el objeto definido y último de estimularlo a la guerra haciéndolo colocarse al lado de Inglaterra.

El hecho de que los motivos más preponderantes para haber emprendido la guerra, aducidos por la Administración después de abril de 1917 (cruzada contra la autocracia, militarismo e imperialismo de Alemania), hayan sido premeditados con dos años y medio de anticipación- datando aún desde 1914- son la razón de la teoría expresada por Dillon. Porque cualquiera suposición de que estos pretendidos motivos eran sinceros, implicaría también la necesidad de incluir la admisión de que el Presidente hizo los planes de la guerra con Alemania durante todo el periodo de tiempo en que estuvo haciendo promesas de una paz sempiterna, o de que se hallaba en una profunda ignorancia respecto de cómo andaban las cosas por el mundo antes del mes de agosto de 1914, tanto como después de esa fecha.

Durante los primeros varios meses que siguieron al mes de agosto de 1914, sin embargo, el Presidente Wilson, aparentemente no tenía idea alguna de envolver a la América en una lucha con país alguno de Europa. No sólo declaró repetidas veces que la guerra no era negocio que no importara a nosotros; que sus efectos no podrían llegar hasta nosotros; que América no podría estar en peligro por causa de aquélla; que nosotros no teníamos intereses algunos en sus resultados; que, de cualquier modo que fuese, la guerra era invariablemente fútil; no solamente hizo indicaciones de ambos lados se hallaban en un error, ^{que} presentando muchas razones de por qué América podría prestar mejores servicios al mundo si se mantenía a distancia, pero obrando consecuentemente; él se opuso a los métodos de preparación y asumió una posición altísima y de mucho alcance visual al po-

po-
ner en conocimiento del público que los empréstitos de Wall Street flotados a cualquiera de los contendientes, serían inconsistentes "con el espíritu de la neutralidad".

Interesante es recordar que, en la campaña Congresional de 1914, el Presidente Wilson anduvo solicitando votos para su partido con relación a sus puntos de vista sobre la cuestión de los empréstitos para la guerra. En el libro de los registros y actas perteneciente a la campaña Democrática Congresional de aquel año, aparece una larga explicación que expone el Secretario de Estado Bryan tocante a la posición que había tomado Wilson. Dice el Secretario, en parte:-

"Es incompatible con el espíritu de neutralidad para una nación neutral hacer empréstitos a naciones beligerantes, pues el dinero es el peor de todos los contrabandos- tiene dominio sobre todas las cosas. Una ilustración muy patente ha sido empleada en apoyo de esta proposición, a saber, que, así como un gobierno neutral hace todo lo que está de su parte para disuadir a sus ciudadanos de enlistarse en los ejércitos de otros países, así debería disuadir de su propósito a aquellos quien, por medio de préstamos financieros, ocasionan mayores daños que si se inscribieran en el servicio activo."

"El gobierno retira la protección de ciudadanía de aquellos que prestan su contingente bajo banderas extrañas- ¿por qué habría de dar protección a las cantidades de dinero cuando éstas penetran a suelo extranjero para prestar urgentes servicios? Só-

Turner.

64.

So-
lo hay una contestación."

¿Podía este argumento ser bien fundado en 1914, y mal fundado en 1915?

El primer cambio de frente del Presidente Wilson en la cuestión de la guerra, ocurrió a tiempo que dió su aprobación para la flotación del primer empréstito anglo-francés. En su mensaje anual dirigido al Congreso, en 7 de diciembre de 1915, hacía la siguiente declaración: "Hemos permanecido a distancia de una manera neutral y con todo estudio. Era nuestro deber patente hacerlo así." Empero, al retirar su oposición al empréstito anglo-francés, ¿hubo él violado o nó, su interpretación del principio de neutralidad? Desde el arreglo del primer préstamo, de aquel primer préstamo, también, data la divergencia de Wilson en sentido general de un trato igual para las partes opuestas, que es la esencia de la neutralidad.

El notable segundo cambio de frente del Presidente Wilson en la cuestión de la guerra, fué sin duda alguna, una consecuencia directa del primero. En 1914 y durante una parte de 1915 se había mostrado en contra de cualquiera aumento notable en el grueso del ejército o en los recursos navales. Pero cuando Wall Street comenzó a facilitar grandes sumas de dinero a Francia y a la Entente en general, el Presidente se convirtió repentinamente en un abogado de la preparación militarista. En los primeros meses de 1916 hizo una gira por todo el país para resolver los planes de la preparación.

Desde los primeros días de 1905, la diplomacia del Presidente hubo estado en contradicción con las peroraciones pacifistas enderezadas a su pueblo. Su primera nota referente a los submarinos, enviada a Alemania, fué una amenaza. Y su actitud hacia Inglaterra fué casi igualmente una amenaza. No fué sino hasta los primeros meses de 1916, cuando retrocedió algunos pasos sobre puntos esenciales en la controversia entablada con ambas partes, y, recuperando una posición que se inclinaba a estar más en armonía con Inglaterra y de hostilidad más acentuada con Alemania, se demostró claramente que él "contemplaba cercana la guerra" con Alemania. En la manera como él manejaba la cuestión de los buques armados a principios de 1916, hacía saber a Alemania y a América que se hallaba dispuesto a ir a la guerra en defensa del partido que había tomado en el conflicto.

Poco tiempo después, el Presidente expuso su programa de preparación por medio del Congreso. Este programa incluía la Ley de Defensa Nacional, autorizando la creación de una consejo de defensa nacional en tiempos de "peligro" nacional. Comprendía otras medidas que apenas podrían ser concebibles en una administración que no se hallara en espera de una guerra próxima.

En una carta fechada el 15 de abril de 1917, y leída en la Cámara de Representantes, el Procurador General Gregory reveló el hecho de que "mucho tiempo antes de ^{que} entráramos a la guerra" su departamento, anticipándose a la guerra, había comenzado a "organizar, fortificar y poner en acción su sección de investigaciones."

No obstante las condiciones que reinaban para todo el mundo con excepción de algunos pocos de nosotros, la guerra atronó la atmósfera nacional con la misma celeridad que se desprende un rayo de un cielo sin nubes, aturdiendo a todos por lo inexplicable y repentino, ¿Cómo se las arregló el Presidente para producir el choque? ¿Cómo (y esta interrogación la hace Mr. Asquith) resolvió él las dificultades" que por todas partes le rodeaban "confrontándole" en "los dos años y medio" antes de abril de 1917? ¿Qué "gestiones" hizo con "la nación más amante de la paz y la menos agresiva de todo el globo" para "impelerla" a los "azares y horrores más grandes de la guerra en la historia del mundo?"

La contestación es que las maniobras y táctica empleadas desde el principio hasta el fin, fueron las mismas que se han descrito en el capítulo precedente. El Presidente buscó el modo de producir la impresión que sus planes de preparación eran encaminados al establecimiento o defensa de la paz nacional, sin ningún objetivo para la guerra; que su diplomacia estaba calculada para preservar la paz, y nunca comprometernos en la gran aventura bélica. Sólo hasta después que hubo terminado la lucha supimos que la comisión consultiva del Consejo de la Defensa Nacional, formada de siete hombres, había dado la última mano a todos los detalles de la legislación para la guerra antes que la guerra fuera declarada, y por el tiempo en que el Presidente se hallaba todavía formulando y reiterando sus promesas de paz para mantener a la nación fuera del conflicto. (Informe W. J. Graham, republicano, director de la Comisión

Selecta de Gastos en el Departamento de Guerra, julio 7 de 1919).

Por último, en su gira hecha en el mes de septiembre para ganar las simpatías para su tratado (1919), haciendo alarde de que "había puesto su esperanza en" el pueblo Americano largo tiempo antes de que optara por la declaración de guerra, el Preidente en persona reconocía, en efecto, que él había estado "contemplando en espera" la guerra al propio tiempo que se empeñaba solemnemente en asegurar lo contrario.

Las elecciones de 1916 concurrieron como un incidente en la política Presidencial que hemos señalado. El Presidente Wilson se aprovechó de la situación preveleciente en 1916. Como es generalmente sabido, dominaba él de manera absoluta su partido en la convención que tuvo lugar ese mismo año. Aprobó la selección del ex-Gobernador Glynn de Nueva York como presidente temporal, y al pronunciar el discurso de apertura Glynn resultó ser el portavoz de Wilson de forma sencillísima. El acontecimiento más prominente de toda la campaña, según la exposición hecha por Glynn, era "que los Estados Unidos se ven constreñidos por las tradiciones de su pasado, por la lógica de su presente, y por las promesas de su futuro, a permanecer apartados del conflicto que actualmente devasta las naciones allende los mares".

El discurso fundamental de Glynn fué ni más ni menos que una defensa, una justificación histórica y una glorificación de la política Americana de la neutralidad, que, según él lo aseguraba, había seguido fielmente el Presidente Wilson y que continuaría siguiendo. Este discurso de Glynn puede encontrarse en el "Registro del Congreso" correspondiente al 15 de junio de 1916. Era una obra magistral de elocuencia persuasiva y de datos históricos. Fué impreso un tiro de cientos de miles de ejemplares, y distribuido profusamente en toda la nación. Su ministró las bases para la campaña de Wilson, y después de las personales peroraciones del Presidente Wilson, fué sin duda alguna el o un factor determinante en su elección.

Debe ser claro que un Ejecutivo difícilmente puede creérsele capaz de mantener a su país fuera de la guerra cuando una vasta mayoría de sus habitantes se muestran definitivamente en contra de la guerra; cuando la otra parte que toma palabra en la disputa se impacienta por evitar la guerra, y cuando los únicos factores que se muestran en favor de la guerra son una pequeña minoría del pueblo y las influencias de ciertos interesados gobiernos extranjeros. La verdad es que es dudoso que el Presidente Wilson hubiera podido haberse apartado más y más léjos de lo que se apartó de la neutralidad, o que hubiera podido aproximarse a la guerra de una manera más rápida de lo que se aproximó, sin poner en peligro su autoridad en el país y redondear su derrota en las elecciones de 1916.

Los antecedentes beligerantes de Wilson- la insistencia que mostró en seguir la corriente de procedimientos técnicamente calculados para embrollarnos en la catástrofe de Europa- fueron bien conocidos por sus enemigos políticos en la campaña de 1916. Entonces, ¿por qué no hicieron volar en pedazos su mito de habernos "mantenido apartados de la guerra"; por qué no se minaron para derrumbarlos sus conceptos más prominentes en esta cuestión, asegurando de este modo la derrota total del Presidente?

La sencilla contestación es que la facción predominante en el seno del partido Republicano patentizaba su aprobación en la línea de estos antecedentes del Presidente Wilson; ellos y su candidato habíanse colocado resueltamente en la posición que respondía a la beligerancia, y sacar a la luz y al aire de la opinión pública el pacifismo espúreo del Presidente los habría puesto en ridículo predicamento.

Aunque el Presidente Wilson no es cierto que "nos mantuvo apartados de la guerra"; sí es cierto que nos arrastró a la guerra, y eso con la ayuda material de nuestros más preclaros abogados de la paz. Aunque Mr. Hughes era y se sentía inclinado de una manera más sincera hacia la beligerancia que no el propio Wilson, escuetamente es posible que si Hughes hubiera sido electo, la historia de América y la historia universal moderna podría haber sido algo diferente desde el año de 1917 en adelante. Porque si Wilson hubiera perdido en su reelección habría tenido más dificultades en la ejecución de sus planes beligerantes adoptados entre el 1 de febrero y 4 de marzo, los

cuales fueron de tanto peso como factores en la aceptación de la guerra en abril. Hughes, además, al entrar en el ejercicio de su encargo el 4 de marzo, habría tenido que hacer frente a un Congreso menos dúctil y manejable que el que se encontró Wilson. Por motivo de que en su aproximación a la beligerancia, los Senadores y Diputados Demócratas le dieron más molestias a Wilson que no los representantes Republicanos. Si las demandas que formuló Wilson en favor de la declaración de la guerra hubieran salido fallidas, todo habría entonces redundado en una calamidad de partido. Pero si la demanda hubiera venido de un Presidente Republicano, no es poco probable que habría sido combatido por una oposición no solamente por aquellos Republicanos Progresistas que hicieron la oposición a Wilson, sino que también por el partido Democrático en calidad de agrupación. Por otra parte, ni el público ni el Congreso habrían sido mal conducidos en cuanto a las miras finales de Wilson. Parece cierto, por lo menos, que habría sido necesario un largo espacio de tiempo para la preparación bélica.

Empero, si América no hubiera entrado a la guerra europea en abril de 1917, o muy pronto después de esa fecha, no es improbable que la guerra habría terminado en ese mismo año. (Véase el Capítulo XXVI). Si este juicio está correctamente pronunciado, diremos que América fué a la guerra por la aprobación y votos de los pacifistas y por la aprobación y votos de los pacifistas, la paz mundial en 1917 quedó sin ningún efecto.

Ni existe aquí, en estas hojas, la intención de hacer observaciones acerca de la buena fé de los señores que en años pasa-

67

pasa-
dos se distinguieron por sus intercesiones por la paz. Pero una observación acerca de su inteligencia no es del todo impertinente, y viene a punto, puesto que pretendiendo ellos ser estudiantes de la moderna ciencia de los estadistas, pasaron por alto el primer ardid elemental en el oficio de estadista: la duplicidad. Nuestros más propícuos intercesores de la paz, creyeron a Wilson bajo su palabra. Y peor que ésto, concedieron atención únicamente a las palabras que sonaron bien en sus oídos. Otras palabras no las oyeron o no las quisieron oír; palabras que contradecían las palabras melosamente expresadas, tanto como sus obras en materia de preparaciones militaristas; tanto como sus estrategias en el debate de los buques armados, y más que todo, su política tan reveladora.

LA DEMOCRACIA Y LA DIRECCION DE
LA GUERRA.

V I I I

LA DUPLICIDAD DEL EJECUTIVO EN IMPONER EL PLAN DE ACCION DE LA
GUERRA.

Si se trata de sostener que la guerra, una vez habiendo comenzado, el Presidente de los Estados Unidos tiene facultades para marcar el derrotero de la beligerancia al cumplimiento y realización de cualquier objetivo que a él le agrade, sin consultar y sin tomar en consideración la voluntad del Congreso, la convención (Constitucional) habrá carecido por completo de fuerza en la salvaguardia de la nación contra los abusos y las ambiciones de un solo individuo. El Congreso o el Presidente debe tener el derecho de determinar las causas alternativas por las que una guerra habrá de ser llevada adelante. No se presenta otra disyuntiva. Si el Presidente posee el derecho ¿en qué se distingue la diferencia entre nuestro gobierno libre y el de cualquiera otra nación que sea gobernada por un czar absolutista, un emperador o un rey? Privilegio del pueblo es, en las primeras asambleas, y privilegio es de cualquier individuo en particular, por humilde que fuere, expresar su opinión

en orden a los fines para los que la guerra habría de ser conti
nuada. - Henry Clay, en su discurso sobre la Guerra con México,
co, noviembre 13 de 1847.

La obligación del ejecutivo, jefe de una democracia, de comport
tar sus actos y su política de acuerdo con las promesas previa-
mente hechas y de acuerdo con las declaraciones al objeto expres
sadas, con antelación, había sido muchas veces reconocida por
el Presidente Wilson. Por ejemplo, en una ocasión habló en la
forma siguiente:-

Yo me he impuesto a mí mismo esta regla de conducta, estric-
tamente que no estoy en libertad de hacer presión
sobre el Congreso, por medio de mensajes, relativos a la polít
ica que no haya soportado una consideración y estudio orgánicos
de aquellos que represento como interlocutor; por esta razón,
ven ustedes, en atención a mis propios principios estoy y qued
o excluido, de lo que en lenguaje vulgar se expresa por medio
de las palabras, "echar a andar las cosas". Tengo que circuns-
cribirme a aquellas cosas que han sido informadas dentro de las
promesas que se le hacen a un pueblo en las elecciones. Esa es
la regla estricta que me impongo a mí mismo. (Alocución a los
delegados de las sufragistas, Casa Blanca, 8 de diciembre de
1913).

Pero ninguna de las resoluciones más sobresalientes respecto de la guerra, ninguno de los planes de Wilson llegó a tener jamás la "consideración y estudio orgánicos" de aquellos para quienes era "representante e interlocutor". Ninguno de sus proyectos estuvo "informado dentro de las promesas que se le hacen a un pueblo en las elecciones".

Ni tampoco puede ser excusado bajo el pretexto o sobre la agravante de que fué una contingencia imprevista y repentina. Las elecciones de 1916 se efectuaron únicamente cinco meses antes de la guerra. Durante la campaña electoral, la cuestión de la guerra era constantemente expuesta ante el pueblo. Era inevitable que, en el caso de guerra, debería presentarse el problema del reclutamiento. Pero a este asunto no se le concedió la "consideración y el estudio orgánicos" en la Convención Democrática de 1916.

Y no os imaginéis, que no fué a concedérsele atención al asunto de la conscripción militar en ese periodo de tiempo. Wilson no la desatendió. SE PRONUNCIÓ EN TÉRMINOS CONTRA ESA POLÍTICA. A principios del año había él dicho al pueblo: "Todos los creyentes de buena fé en los principios de la democracia, alimentan la creencia de que en la acción espontánea y voluntaria de los hombres de una gran nación como es ésta, depende la fuerza militar de esa democracia." (Milwaukee, 31 de enero de 1916). Y en el discurso pronunciado en la celebración del día dedicado a los muertos en campaña, (30 de mayo) decía: "América no quiere otra cosa sino es la compulsion de

las fuerzas del espíritu".

Si el Presidente experimentó un cambio de opinión acerca de este punto vital de su política, algún tiempo más tarde, ¿la moral democrática no le emplazaría inmediatamente para que reconociera el hecho? Pero no fué sino hasta la noche del 2 de abril, mientras se encontraba ocupado en la lectura de su mensaje, cuando el público Americano, o una parte de éste, se dió cuenta de que el Presidente se pondría en favor del reclutamiento.

¿Qué otra conclusión es posible alcanzar sino es la de que el Presidente sabía perfectamente que la idea de la conscripción militar era asáz repugnante a las masas del pueblo; que una propuesta, hecha en la primera oportunidad que se presentara, para el fin de reclutar Americanos habría de poner en peligro el propio plan de comprometerse en la guerra; que él, de la manera más premeditada, había mantenido al pueblo y al Congreso en la ignorancia, sabiendo que cuanto más tiempo él esperara tanto mejor resultaría la oportunidad para imponer su política beligerante?

Después que el Presidente se resolvió por la medida del reclutamiento, fué aún entónces, no demasiado tarde, según la opinión de varios miembros del Congreso, para procurar una forma de "consideración orgánica" de la moción. Se presentaron algunos proyectos de ley en que se autorizaba un referendum consultivo sobre la medida del reclutamiento.

Pero el Presidente no se hallaba dispuesto a favorecer la "consideración orgánica", por el presente, y todas las mociones al mismo fin encaminadas fueron suprimidas.

Del mismo modo, el público fué descarriado en cuanto a la extensión de la ayuda cooperativa que la Administración esperaba impartir a los gobiernos coaligados.

El Presidente había pronunciado su fallo definitivo contra alianzas propias a embrollar, y ciertamente, contra alianzas de cualquiera clase con cualquier país. Había declarado que no teníamos interés alguno en el resultado de la lucha europea. Aun había declarado, en efecto, que las miras y propósitos de Alemania eran honradas como las miras de Inglaterra. Por medio de centenares de afirmaciones similares había él hecho nacer la suposición de que, si América se veía inducida al conflicto, participaría en él de manera independiente y só lo hasta cierto grado; y con él propósito único de proteger al comercio y a los pasajeros Americanos en el tráfico material dentro de la zona de peligro de los submarinos.

En los últimos días antes de la guerra, la Administración aprovechó positivamente la oportunidad para reforzar esta suposición haciendo que los corresponsales de los periódicos que se hallaban en Washington comunicaran informes de que el gobierno no intentaba convertirse en aliado de la Entente, sino es en el caso de que se declarara la guerra y se confinara en efecto, a las operaciones navales sólo tendentes a proteger

los derechos Americanos en alta mar que ya estaban siendo amenazados por Alemania y sus aliados.

Nada absolutamente se había dicho acerca de una vasta cruzada militar contra la autocracia, ni cosa alguna por el estilo. Nada se había dicho relativo al embarque de un ejército allende el Atlántico. Ni aun siguiera en su mensaje en que anunciaba la guerra hizo el Presidente indicación alguna respecto del envío de soldados a Francia. Hasta en los debates, el hecho de que la Administración proyectaba mandar precipitadamente un ejército a Francia, fué puesto fuera de la noticia y conocimiento de los Senadores y aun de los mismos Diputados. La gran democracia Americana fué a la guerra sin la menor sospecha entre el público en general de que el Ejecutivo- a quien había este público llevado a la reelección con la condición de que le tuviera distanciado de la guerra, para que le colocara fuera de alianzas complicadas y para que le sirviera de protección contra el reclutamiento y todo linaje de horrores- había escogido el acto de una remisión violenta de un ejército de reclutas, con destino a las costas de Europa y de hacer de América un partidario de consigna en el "caos hostiles ambiciones de rivalidad europeas"!

No existen razones militares por qué hubo de conservarse to dos estos hechos en herméticos secretos. ¡Las razones eran de política! Que el haber conocido la verdad antes de la declaración de la guerra habría aumentado formidablemente la pasión opositora del pueblo burlado y se le habría visto en el acto romper lanzas.

Y volviendo al reclutamiento, se hicieron algunos esfuerzos por obtener algún trámite de "consideración orgánica" para el proyecto de embarcar un ejército a Europa. Se presentaron mociones, en las que se pedía que no saliera para el campo de la guerra un solo recluta sin la previa autorización. Pero esas solicitudes fueron ~~fuera~~ acalladas por dictado del Presidente. El Presidente aun llegó a negar el derecho del Congreso para votar sobre este asunto. Las fuerzas militares Americanas fueron enviadas a Europa apelando únicamente al juicio del Ejecutivo. En esto, por segunda vez, el público fué descarriado. Porque, desde un principio se le había dicho a ese público que la bandera Americana iba a Francia mayormente y con el fin de producir un "efecto moral y alentador", y que nuestras fuerzas militares en las costas de Europa serían reducidas. Solamente por partes misérrimas, y a medida que nuestra autocracia beligerante iba ahondando más y más sus raíces en el suelo patrio, fué permitiéndose que la verdad llegara a oídos del pueblo de América.

A una distancia remota del pensamiento del pueblo había quedado la idea de que los meros deseos de un gobierno cualquiera podría tener influencia alguna para que América fuera a la guerra. A Lloyd George tocó en suerte tener que decirnos: "No solamente deseamos nosotros la entrada de los Estados Unidos en la guerra; LA SOLICITAMOS". (Entrevista con 'Le Matin' de París el 4 de julio de 1917).

El enlistamiento de las organizaciones de las milicias de los Estados para el servicio nacional, y el servicio obligatorio de las milicias en el extranjero, es otra ilustración de la facilidad del Presidente para variar de resoluciones poniendo en la evidencia su menosprecio por sus propias interpretaciones de la letra de la Constitución. Durante su gira de estímulo para la preparación y mientras instaba y urgía la ayuda pública para un aumento en el ejército regular, el Presidente repetidas veces descontó los servicios de la Guardia Nacional, explicando que la Constitución le prohibía recurrir a los hombres de esa guardia salvo en los casos de una invasión material. En Nueva York, por ejemplo, el 27 de enero de 1916, dijo:

Bajo la Constitución . . . solamente por motivo de una invasión material tiene derecho el Presidente de los Estados Unidos para pedir que estos hombres (los de la Guardia Nacional) salgan de sus respectivos Estados.

Pero esto no fué parte a impedir que escribiera las palabras siguientes en su Ley del Reclutamiento:

El Presidente . . . por la presente está autorizado . . . para enlistar en el servicio militar de los Estados Unidos, para organizar y proveer de la oficialidad correspondiente . . . a cada uno y a todos los miembros de la Guardia Nacional y de las Reservas de la Guardia Nacional; y dichos individuos dados de alta para el servicio militar de los Estados Unidos deberán servir en el ejercicio de las armas para la solución de

la emergencia actual.

Esa ley fué aprobada en esta forma. El Presidente inmediatamente, por proclama, puso en servicio activo a los miembros de la Guardia Nacional, 'en su totalidad,' y a las pocas semanas varios soldados de esta corporación se hallaban en camino para Francia bajo la autoritaria ley de la fuerza. Entretanto no se había hecho enmienda alguna a la Constitución y no se cumplieron más formalidades de ley que las ya enunciadas.

Había tenido la costumbre el pueblo Americano de expresar sus opiniones de una manera franca y libremente, sin haber estado expuesto a las persecuciones ni a los castigos por este hecho. ¿Y cuántos de nosotros no tuvimos el presentimiento de que después que fué declarada la guerra, sólo podríamos hablar de ésta en términos de alabanza y aprobación?

¿Cuántos tuvimos siquiera sea el destello de una idea de que sólo se nos permitiría hablar del Presidente de los Estados Unidos con las palabras de la adulación?

¿Cuántos hubiéramos creído que cada una palabra que habláramos de nuestros enemigos debería estar acentuada por la execración?

¿Cuántos llegaron a imaginarse que habría de prohibírseles hacer ningunos esfuerzos por la paz, ni mencionar términos de paz sino es a condición de ser determinados exclusivamente por un solo hombre entre todo el centenar de nuestro millón de almas?

¿Cuántos habrían creído que el asentimiento a los principios por los que Woodrow Wilson asumió la posición frente a la guerra- y por los cuales obtuvo su reelección- ganara los elogios del Presidente tanto y con la misma seguridad y rapidéa con que habría ido a parar a las celdas de una cárcel cualquiera de los detractores del tales principios?

Las tiradas de declamación del Presidente Wilson difundidas libre y abundantemente en sus discursos antes y después de que entramos a la guerra europea, son demasiado numerosas y muy bien recordadas para que necesiten nuestras citas. Cuando aun todavía faltaba poner en vigor la Ley del Espionaje, escribió él a Arthur Brisbane diciendo que él no podía imaginarse "uno más grande y peor servicio para la nación que establecer una censura que habría de negar al pueblo de una república libre sus indiscutibles derechos para criticar a sus propios funcionarios públicos", y prometía de una manera definitiva: "Espero no permitir que parte alguna de esta ley se aplique a mí a cualquiera de mis actos oficiales o que de forma alguna sea empleada como un escudo contra la censura".

Y a pesar de esta promesa, bajo la Ley del Espionaje, numerosas personas fueron procesadas y puestas en prisiones por causas que no fueron otras sino la censura de los actos del Presidente Wilson.

El estudio de cada una de estas imposturas del Presidente nos revela el hecho de que su ambición era concentrar todas las facultades y todas las opiniones en las manos únicas y soberanas de un solo Woodrow Wilson. En esto, de nueva cuenta, la política del Presidente se halla en contradicción con su puesto asumido mientras que se estaba llevando a cabo la campaña de su reelección:-

Si es que comprendo bien la vida de América, el principio central es éste, que ningún reducido grupo de personas, por influyentes que sean, gozarán de la confianza para determinar . . . el programa político de América. (Alocución ante la Asociación Mundial de los Clubes para Anuncios, Philadelphia, 29 de junio de 1916).

La Constitución no prescribe que este principio ha de hacerse a un lado en los tiempos de guerra. Ni tampoco lo preciben los grandes defensores de la democracia. ¡Woodrow Wilson tampoco! Por otro lado, el Presidente llamó la atención de una manera particular a la necesidad democrática de evitar la dominación de un país ejercida por una cuantas manos 'en tiempos de guerra': a saber:-

Debo decir que no es incompatible con las tradiciones de nuestro país que el pueblo sepa la manera de cuidarse a sí mismo; pero no está en consonancia con las tradiciones del país que su conocimiento del ejercicio de las armas deba ser usado por una organización oficial que haría y organizaría un inmenso

ejército sujeto a las órdenes de lo que un grupo particular de individuos juzgaría en un momento dado que era lo más apropiado que debería hacer el ejército.

En eso consiste el militarismo de Europa, en que unas cuantas personas tiene derecho de resolver en un momento dado lo que debe hacer una nación que se encuentra con las armas en la mano.

Eso es lo que yo mismo entiendo por militarismo. (Declaraciones hechas a una comisión de la Unión Americana contra el Militarismo, Casa Blanca, 9 de mayo de 1916).

En otras palabras, la política que el Presidente Wilson que se le permitiera seguir en 1917 y 1918 es precisamente la política que el señalaba con la definición de militarismo en 1916.

I X

EL CZARISMO "DEMOCRATICO" EN TIEMPO DE
LA GUERRA.

Del mismo modo, es importante, que la costumbre de pensar en una nación libre inspire la precaución y la prudencia en aquellos individuos encargados de la administración del gobierno, impidiendo que el ejercicio de las funciones de un ministerio invada las facultades de otro. El espíritu de la intrusión mantenido en estrictas limitaciones tiende a consolidar las funciones de todos los ministerios en uno solo, creando de esta manera, cualquiera que sea la forma de gobierno, un verdadero despotismo. Una justa estimación del amor al poder y una cierta inclinación a abusar de éste, que predomina como una pasión en el corazón humano, es suficiente prueba que nos convence de la verdad de aquel espectáculo. Si, en la opinión del pueblo, la distribución o modificación de las funciones constitucionales, acusan algunos errores o extralimitaciones en particular, éstos deben ser corregidos por medio de aquellas reformas y procedimientos que marca la Constitución; pero de cualquier modo que fuere, es necesario que no se efectúe cambio o enmienda alguna por actos de usurpación o intromisión, porque aun cuando esto, en un ejemplo y caso, puede ser parte

a producir algún bien, es, no obstante el arma acostumbrada que se esgrime para la destrucción de los gobiernos libres. El precedente debe siempre superar en mayores cantidades los males permanentes en que se convierten los beneficios parciales y transitorios que puede producir en tiempo cualquiera el uso de aquellas facultades. - Jorge Washington, en su Discurso de Despedida.

En la primera sesión del Congreso que asumió las responsabilidades de la guerra, toda la legislación que se puso en vigor fué aprobada por el Presidente o escrita a discreción suya. A pesar de que no completamente todo el programa del Presidente se puso en ejecución, las facultades que se procuró en aquella sesión- facultades que en todos sus puntos se hallaban erizadas de drásticas inclinaciones represivas- fueron mucho mayores y más amplias que las que se hubieron jamás hasta entónces conferido o ejercitado por algún jefe del Ejecutivo Americano con anterioridad. Al cerrarse aquella sesión, el Presidente de la república Americana- a nombre de una guerra en defensa de la democracia- se destacó en su persona y hechos como el autócrata más desenfrenado que pueda hallarse en cualquiera de las grandes potencias del mundo.

Estas facultades extraordinarias no fueron acaparadas sin antes haber batallado por su investidura en lucha constante, tenaz y frecuentemente acerba con el Congreso; lucha en que de tiempo en tiempo, el Presidente tuvo que hacer frente a las contradicciones de los propios hombres, cabezas de su partido.

Los altercados sobre las medidas del reclutamiento, sobre el embargo, sobre la censura y sobre las restricciones y monopolio en las ventas de artículos de primera necesidad, fueron particularmente combates librados casi cuerpo a cuerpo, en estrecha proximidad. En los primeros pasos, el Comité de Asuntos Militares de la Cámara de Representantes, registró de forma material una votación adversa para la conscripción. El presidente de la Cámara, Clark, el vocal Dent y Kitchin jefe de las mayorías en la misma Cámara todos ellos se opusieron a esta medida, y éste último informó al Presidente que, si se procedía desde luego al escrutinio de una votación, la Cámara de Representantes en su totalidad desecharía la moción. Fué por causa de este proyecto de ley y por causa de otros más aún, que el Presidente hizo frecuentes visitas a la Cámara. Proceder inusitado. El Presidente se vió forzado a poner en manos de un miembro del Republicano, aquella asendereada Ley del Reclutamiento, para que esas manos dirigieran su rumbo a buen fin; ciertamente, fué la unanimidad cohesiva de los Republicanos la fuerza que impelió aquella ley para obtener su aprobación.

En una declaración hecha al público en favor de la Ley del Acaparamiento de Artículos de Primera Necesidad, el Presidente estaba de acuerdo en que "estas facultades (las que él había demandado) eran muy amplias". El Senador Owen ofreció presentar una reforma para esta ley, que se ocupara de la creación de un comité delegado por dos o más cuerpos para intervenir en las responsabilidades pecunirarias de la guerra. El Presidente riñó el punto, declarando en una carta dirigida al señor Lever (Julio 23 de 1917): "El precepto final del

Turner.

87.

Artículo 23 únicamente podía yo interpretarlo como nacido o inspirado en una falta de confianza para mi persona." Lo que sorprendió sobre manera a varios de los legisladores nacionales. Decía el Senador Hardwick el 6 de agosto:-

Para mí es incomprensible cómo una persona cualquiera en un lugar cualquiera pudo hacer la oposición a la propuesta acción de hacer que el Congreso participara con él (el Presidente) en las responsabilidades de los gastos de la guerra.

El Senador LaFollette presentó una resolución aduciendo que el Congreso tiene una autoridad completa según los preceptos constitucionales para exponer los objetos y aspectos de la guerra. Esta resolución recibió carpetazo por acuerdo del Presidente.

En todas las fases más importantes del conflicto empeñado con el Congreso, el Presidente se llevó las palmas del triunfo final, y en las postrimerías de aquella memorable primera sesión al ser levantada, ya se hallaba en aptitud de anunciar al público que eso que el llamaba "el departamento de aquel ramo de gobierno que tiene facultades para hacer la guerra", aludiendo a sí mismo, "ha quedado investido hasta el colmo con las facultades y el poder que eran necesarios para hacer efectivas las actividades de la nación". Palabras de satisfacción eran éstas, de las que se esperaba que el Departamento del Ejecutivo no solamente confinaría sus actividades dentro de los límites fijados por la legislación de referencia, sino que también le haría

contenerse sin solicitar ningunas ampliaciones notables de poderes en la sesión que se aproximaba.

Con todo, el Departamento del Ejecutivo procedió desde luego (para emplear las palabras del Senador Hiram Johnson) a "hacer lo que le venía en gana hacer, fuera ley o no lo fuera; tuviera autoridad o no la tuviera".

Y además de esto, cuando se abrió la segunda sesión que iba a tratar de la guerra, el Ejecutivo procuró y consiguió del Congreso privilegios de poder tan abrumadores y gravosos que no podían tener, por el momento, nombre alguno con que designáseles, salvo de una manera general- sin estar sujetos esos privilegios por el Congreso, ni por la Constitución, ni por los derechos de los Estados, ni por la fuerza de los hombres, ni por cualesquiera otros medios que no fuera la voluntad de aquel individuo que solo él llenaba los ámbitos de la Casa Blanca.

Lo que pidió la Administración en la sesión segunda que trató los asuntos de la guerra- y la forma en que lo pidió- es la prueba mejor de que había estado mal dispuesta para la espera de adiciones legales a las ya conferidas facultades extraordinarias, y acto continuo se sobrevino una serie de usurpaciones desaforadas en los asuntos del interior.

Al gestionar de manera apremiante por extremo la aprobación de la Ley de Pasaportes, el Procurador General Gregory escribía (abril 12 de 1918) que "no existe en efecto ley alguna que reglamente el manejo de la entrada y salida de y a los Estados Unidos por personas particulares, sino a condición de que se trate de extranjeros enemigos". Pero durante muchos meses el Departamento del Ejecutivo había estado impidiendo la salida fuera de los Estados Unidos, no solamente de hombres dentro de la edad propia para el servicio militar, sino que también de toda clase de personas con excepción de aquellas cuyos negocios habían sido fiscalizados de una manera particular y recibido el visto bueno.

Mientras que hacía esfuerzos la Administración por obtener la sanción de lo que en aquel periodo de tiempo se conoció por el nombre de Decreto sobre Sedición, el Procurador General Gregory declaraba (Boletín Oficial, abril 19 de 1918) que "No todas las expresiones antipatrióticas ponen a su autor bajo la acción de proceso criminal". Pero las palabras "antipatrióticas" de todo género eran en aquel tiempo propensas a colocar a sus autores a los procedimientos criminales conforme a la Ley de Espionaje.

El Presidente tomó el cargo de los ferrocarriles nacionales en 26 de diciembre de 1917. En febrero de 1918, le encontramos promoviendo con urgencia la aprobación de un decreto que legalizara esta conducta. En 2 de marzo de 1918, sorprendemos al Magistrado de la Federación Walter Evans, en Louisville, Estado de Kentucky, presentando una resolución que contenía las

palabras siguientes: "No podemos hallar estatuto alguno que autorice el dominio y administración de los ferrocarriles bajo las órdenes del Departamento de la Tesorería General ni siquiera por el Director General de los Ferrocarriles de la Unión". Por el tiempo que duraron en el Congreso las discusiones acerca de la Ley de los Ferrocarriles, fué admitido repetidas veces que el Presidente había sobrepasado la acción de su autoridad en los métodos que él había empleado para asumir el gobierno de las líneas ferroviarias.

Durante la sesión segunda que tuvo a su cargo los asuntos de la guerra, los auxiliares de la Administración hicieron cuanto de su parte estuvo, aun cuando no contaran con la aprobación del Presidente, por poner en vigor una ley que prohibiera las huelgas en cualquier centro industrial que hubiera celebrado contratos relacionados con el movimiento beligerante, como ya se había ordenado por medio de una legislación en los talleres industriales operados directamente por el gobierno. Aunque esa ley no llegó a tener efecto alguno, el Presidente y sus validos subordinados repetidamente prohibió las huelgas en aquellas industrias, y, apelando a las intimidaciones y a los sobornos, el derecho de huelga fué materialmente suprimido por mandato del poder Ejecutivo.

En 13 de septiembre de 1918, el Presidente dirigió una carta a los obreros huelguistas de Bridgeport, Connecticut, ordenándoles regresar a sus ocupaciones; lanzándoles la amenaza de hacer aparecer sus nombres en las listas negras; y conminan-

conminando a todos los trabajadores de edad para el servicio de las armas con la revocación de cualesquiera que fueren las clasificaciones de excepción fundadas en la utilidad que prestaban en favor de la producción de artículos para la guerra. Los huelguistas, apercebidos, regresaron a su talleres. En 17 de febrero de 1918, el Presidente dirigió un mensaje telegráfico al director en jefe de la Hermandad Unidad de Carpinteros y Ensambladores de América, aconsejándole a éste, que, en caso de que no indujera a regresar a sus labores los hombres que él representaba, cometía el delito de "estar prestando ayuda y bien estar al enemigo". El representante indicó a sus asociados que reanudaran su trabajo. Los mismos actos fueron puestos en práctica por los representantes de las Abastecedoras de Alimentos y Combustibles, por el Jefe de la Comisión de Arbitrio y Mediaciones, y por otros subordinados del Presidente, usando de ellos como instrumentos para evitar las declaraciones de huelgas.

Menciono solamente unos de los muchos ejemplos ~~de~~ más notables de una política que fué seguida en forma general y estudiada. Aun la misma legalidad del lema "Trabajas o Peleas", en todas sus aplicaciones hechas sobre el ejército, eran puestas a discusión y llegó a colocarse interpolándola una cláusula en la Ley del Reclutamiento que reglamentara la aplicación del lema, con la preconcebida intención de legalizar los actos del Ejecutivo en las manipulaciones que pusieran en vigor esa ley ya existente. La cláusula, sin embargo, fué borrada, pero la táctica de "Trabajas o Peleas" no fué abandonada. En un informe acerca de las mociones que hizo la Administración por

reformular la Ley del Reclutamiento, concediendo mayores facultades sobre los individuos que se alistaban, por el 13 de marzo de 1918, seis miembros del Comité de Asuntos Militares dependiente del Senado declararon que las facultades que se pedían eran "inauditas", y argüían que la proposición sujetaría "a la voluntad y autorización arbitrarias de los que se hallaban en dominio de las fuerzas militares de la nación, 9,000,000 de hombres conscriptos"; también añadiendo:-

Si el Congreso se hallaba preparado para entregar los cuerpos de estos 9,000,000 de hombres en manos de las autoridades militares sin condición o limitación algunas, entónces debe aprobar esta resolución unánime; en caso contrario, debe ser derrotada tal resolución.

Al ponerse a votación la Ley de Acaparamiento y Administración de Artículos de Primera Necesidad, Mr. Hoover intentó producir la impresión de que su primitive propósito era proteger al productor y al consumidor de las maniobras de los especuladores. Que esa medida legislativa no cumplió este fin de una manera satisfactoria fué categóricamente aceptado por Hoover en persona ocho meses más tarde, cuando se hallaba empeñado a su vez en esfuerzos por obtener una extensión de sus facultades y poder oficiales. En una declaración publicada en 21 de febrero de 1918, Hoover admitía que "los márgenes (de los precios) entre el agricultor y el consumidor en muchas regiones nunca habían sido más propicios y amplios que al presente".

En una carta dirigida al Presidente en 10 de julio de 1917,

redactada con la intención de ejercer alguna influencia en el Congreso y en la opinión pública en favor de la Ley de Acaparamiento y Administración de Artículos de Primera Necesidad, Hoover escribía:-

Es de una importancia absolutamente vital que debamos proteger al agricultor de una baja excesiva de los precios este año debida a la inundación de los mercados. . . . A menos que se decida el gobierno por dictar de manera enérgica y eficiente algunas órdenes definitivas y poniendo en juego otros recursos, el productor Americano se verá consternado por una rebaja aflictiva de los precios del trigo.

Las "órdenes dictadas de manera enérgica y eficiente" fueron pronto puestas en "juego". Esto es, la Ley de Acaparamiento de Alimentación fué aprobada. Pero, en lugar de conjurar el peligro de la "aflictiva rebaja" del trigo, tan pronto como tuvo efecto la ley, sus manipulaciones fueron la causa de hacer más intensa la "Aflictiva Rebaja". Uno de los primeros pasos que dió el Presidente fué fijar el precio del trigo. La cifra que designó el Presidente fué de \$1.05 por bushel 'más bajo' de lo que había estado a tiempo en que el Presidente, Hoover, y otros se ufanaban en asegurar que el primer objeto de la mencionada ley había sido proteger a los agricultores que cosechaban trigo de una rebaja de los precios de éste!

Naturalmente, se despertó una gran antipatía y disgusto entre los agricultores, y fueron tantos los que se negaron a llevar su

producción a los mercados que los grandes molinos de trigo que funcionaban en el país se vieron amenazados, según la información recogida, de una paralización en la estación del año más ocasionada a tenerlos en movimiento.

Algunos de nuestros cosecheros del cereal quedarán sorprendidos aun en estos tiempos, al saber que la Administración no tenía autoridad alguna ni estaba investida de facultades en modo alguno suficientes para acaparar su producción del trigo, ni siquiera para fijarle precio. En los debates sobre la Ley de Acaparamiento y Administración de Alimentos, Mr. Hoover aseguraba al Congreso que el decreto no implicaba autorización alguna para fijar el precio del grano. Varios meses más tarde, al comparecer como testigo, el propio Hoover, ante el Comité en cargo de la Investigación del Azúcar, se vió obligado a admitir que el precio se había fijado en contravención de las leyes. Cuando indicó el Señor Reed que Hoover había sido culpable de un acto criminal, la excusa que presentó éste fué: "Cualquiera cosa que yo haya hecho fué con la aprobación del Presidente". (Enero 3 de 1918).

La Ley de Acaparamiento y Administración de Alimentos llevaba en sí una autorización muy limitada para fijar los precios de los alimentos, pero autorización cual ninguna para dictar precios al agricultor o a cualquiera de los productores. El Presidente, en su primera declaración en favor del decreto (mayo 19, 1917), hacía resaltar que esta limitada autorización fué solicitada "no para marcar una reducción en las ganancias de los agricultores".

agricultores, sino únicamente 'para garantizarlos' cuando fuese necesario, contra un 'minimum de precio'".

El decreto, en verdad, concedía una autorización muy limitada para hacer la aprehensión de artículos de alimentación en orden a evitar el acaparamiento privado. Pero el artículo 6 ponía a salvo de tal aprehensión los productos del campo por causa de ese concepto y motivos:-

Artículo 6.- . . . Siempre y a condición de que cualesquiera acumulación y retención por parte de agricultores, horticultores o asociaciones cooperativas de éstos, incluyendo ganaderos y otras personas del mismo ramo, tratándose de los productos de granja, hortaliza, huerta u otros terrenos de producción, cultivados como propios o por arrendamiento, no sean considerados en el sentido de acaparamientos o estancos dentro de los preceptos que marca esta ley.

En 13 de septiembre 1917, Hoover estaba de acuerdo en que carecía de recursos para obligar a los agricultores a que vendieran sus cereales. A despecho de todo, antes de que hubiera terminado el invierno de 1917-18, la Administración ejecutaba las aprehensiones de todo el trigo que se encontraba en las haciendas, como medio para desvanecer y romper los nublados de una huelga de vendedores delpreciado grano, amenazadora e inminente, y se recurrió a exitar a los labradores para que aceptaran el precio fijado por el Presidente.

Hoover y sus auxiliares prometieron en diversas ocasiones que los padres de familia Americanos no se verían sujetos a la reducción de sus cotidianas cantidades de alimentos. En las audiencias sobre la discusión de la Ley de Acaparamiento y Distribución de Alimentos, Hoover aseguraba al Congreso que él no se proponía fijar las raciones para los consumidores, y que el decreto no tenía por objeto arrogarse esa autoridad ni debía hacerlo. (Junio 19 de 1917). El artículo 10 del decreto, efectivamente, contenía una cláusula cuyo fin era poner a salvo de las confiscaciones de provisiones de víveres a los jefes de las familias:-

Previniéndose, que no se dicta precepto alguno en este artículo, o en el artículo siguiente, que deba interpretarse en el sentido de requisitar a ninguna persona natural para que proporcione al gobierno algunos efectos de alimentación que tuviere guardados los que haya de retener razonablemente para el consumo o empleo hecho por él o sus dependientes.

Pero muchos Americanos no habrán de echar muy pronto en olvido aquel sistema de distribución de raciones implantado por los responsables auxiliares de Hoover; la fiscalización y el espionaje; el brutal allanamiento de los hogares; las persecuciones y las amenazas de procesos criminales; y para coronar la estúpida obra, la verificación frecuente de expropiaciones de cantidades risibles, de harina o azúcar. Casi todos los puntos de la legislación beligerante promovida en la primera sesión fué reformada, y eso siempre con el objetivo de investir al Ejecutivo con facultades cada vez más amplias, jamás para ponerles dique o límite alguno. Los esfuerzos del Presidente iban constantemente diri-

dirigidos con buen éxito en el sentido de arrebatar al poder legislativo del gobierno sus facultades constitucionales, y en el sentido de concentrarlas en su propia persona; en el sentido de excluir al Congreso de toda participación en la política y programa relacionados con la guerra, así en el interior tanto como en el exterior; en el sentido de reducir a la impotente situación de no tener nada sobre qué votar con excepción de la formación de presupuestos y más presupuestos . . . en el sentido de colocar al poder legislativo, las fuerzas militares, las fuerzas civiles y la comunidad entera completamente a merced y gracia de la burocracia creciente del Ejecutivo.

Con toda evidencia, debido al conocimiento que se tenía ya de que se había conferido al Ejecutivo una autoridad demasiado extensa e intensa, y debido también a que se había abusado colmadamente de esta autoridad, la sesión segunda que trató asuntos de la guerra, procedió a abrir investigaciones mediante el funcionamiento de los comités respecto de los varios aspectos que había asumido la dirección de la guerra, luchando esforzadamente por que le quedara siquiera sea una parte mínima de poder y autoridad al Congreso.

Aun cuando las tales investigaciones sacaron a la luz pública algunas verdades cuya exhibición fué de todo punto escandalosa; revelando los malos manejos y fraudes realizados en grande escala, el Presidente los resintió, hizo de ellos solemnes protestas renunciando la responsabilidad de los males; y triunfó finalmente acabando por sofocar todas las murmuraciones.

Al poner en deliberación las facultades que pidió el Presidente en el Decreto sobre Ferrocarriles, el Senador Underwood, uno de los directores del partido de Wilson, publicó una advertencia de la manera más solemne, declarando que "cuando el Congreso llegue al punto en que se halla preparado a efectuar el abandono de las limitaciones constitucionales, colocando el gobierno de la ley a las plantas del gobierno de un solo hombre, entonces se avecina un peligro para el pueblo de los Estados Unidos". (Febrero 20 de 1918).

Hablando acerca del Decreto sobre Corporaciones Financieras para la Guerra, el Diputado Longworth señalaba que "Ninguno de los más obcecados déspotas de las guerras que describe la historia; ningún kaiser, ningún czar, ningún autócrata, tuvo jamás un poder tan ilimitado y ciego La mera transmisión al Congreso de tal proyecto de ley es bastante ilustrativa respecto de un peligro que va tomando mayores proporciones cada día amagando las instituciones que nos legaron nuestros antepasados. Me refiero a las incesantes ambiciones del poder ejecutivo de este gobierno en demanda de facultades cada vez más extraordinarias. Esto constituye un peligro que no debe menospreciarse de una manera ligera". (Marzo 16 de 1918).

El punto culminante de los esfuerzos del Presidente por alcanzar el absolutismo del poder se hizo patente con motivo de la moción presentada por el Senador Overman, después que el presidente de los debates Martin y otros Senadores hubieron rehusado prestarle su apoyo a causa de sus prominentes rasgos autocráticos.

En el principio, la moción de Overman fué siseada y tosida por miembros del Democrático y del Republicano. Hasta el mismo Senador Hitchcock, el apoyo más sólido y conspicuo de Wilson en todo el periodo de la guerra, afirmaba:- "No significaría otra cosa sino es la abdicación presentada por el Congreso de las facultades que le son adherentes para formular la legislación del país. Es el asunto legislativo más sorprendente de que haya tenido yo noticia hasta el presente"; mientras que, por otro lado, el Senador Overman personalmente hacía instancias, en favor de su proyecto en los términos siguientes: "Pues bien, pongamos término a esto aprobando una ley que permitirá al Presidente organizar las cosas de la manera que él necesita hacerlo, y de modo que ya no tenga él que hacernos otra petición en sentido legislativo".

A pesar de todas las predicciones en contrario, el Presidente hizo entrar al Congreso en su puño al final de cuentas, y el proyecto de Overman se convirtió en una ley vigente. Quedaba un solo expediente humanamente posible para rendirle al Presidente la dirección de la guerra y el dominio de la nación prácticamente absolutos. Consistía en hacer más extensos los límites de edad para el servicio militar incluyendo a todos los varones desde la infancia hasta la senilidad; y poniendo a disposición del poder Ejecutivo la selección de hombres hasta una cantidad inmoderada. En una protesta característica contra el decreto de Wilson titulado de las "Fuerzas Militares", el presidente Dent del Comité de Asuntos Militares de la Cámara, exclamaba apasionadamente:-

Estoy dispuesto a dar mi voto para poner en pié de guerra un ejército de 5,000,000 de hombres De muy buena voluntad votaría por un número mayor que éste. Pero no concedo mi voto por una petición indefinida, inscrita en un decreto que manifiesta que un ramo del gobierno puede hacer lo que le venga en gana sin que haya quien le marque el alto de modo alguno. En tal caso a tanto valdría abolir el Congreso de una vez.

En esto, como en todas las demás cosas, los deseos del Ejecutivo, se convirtieron para nosotros en inexorable ley.